

PN 485

P 3

1892

PAN Y CATECISMO

CONTINUACIÓN DE «BURGUESES Y PROLETARIOS»

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

No sólo de pan vive el hombre



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PAN Y CATECISMO

(CONTINUACIÓN DE «BURGUESES Y PROLETARIOS»)

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

No sólo de pan vive el hombre.

EL zapatero Crispín no aguardó ni aun á que se sentaran los socios de San Vicente de Paúl, encarándose con ellos apenas los vió entrar en su sotabanco.

—¿Sabe V., D. Vicente, que, como esta pícara enfermedad no me deja echar unas remontas ni medias suelas, me paso el día y la noche cavila que te cavilarás, pensando en cuanto Vds. me dicen, y el remedio no parece?

—Hombre, sí; que cumplan con sus deberes pobres y ricos, y ya tiene V. resuelta la pavorosa cuestión social.

009538

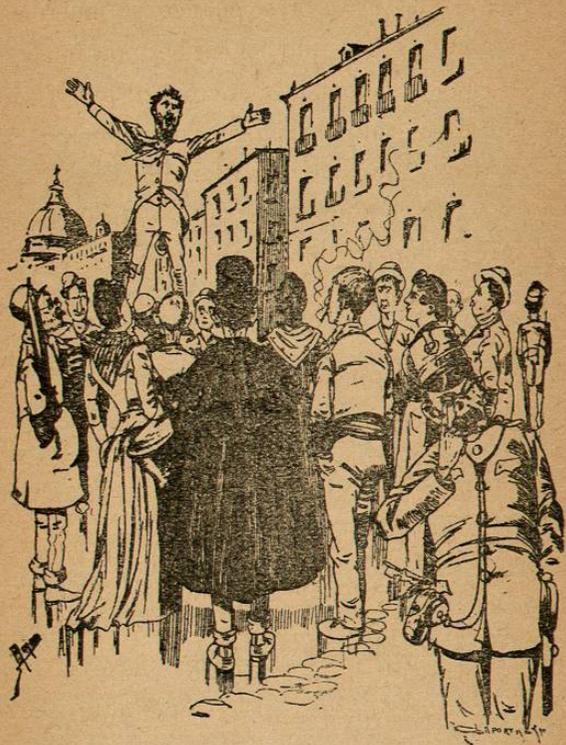
—Ta, ta, ta, ¡ pues eso es lo que yo no veo fácil! Que todo el mundo cumpla con su deber; que los ricos repartan sus bienes entre los pobres, y que los pobres, cuando se mueren de hambre y saben que por ser los más tienen el remedio en la mano, no se tomen por sí mismos lo que voluntariamente no quieren darles los ricos. Aquí veo yo la dificultad.

—Y la ve V. perfectamente (dijo Juanito), pero es porque unos y otros, pobres y ricos, hemos olvidado para qué hemos venido al mundo.

—¡ Toma! Pues eso lo saben hasta los chiquillos: para comer, beber, dormir bien y gozar todo lo que se pueda.

—Pues ahí está el error, amigo Crispín (añadió D. Vicente), y por eso la solución es difícil. De tal manera han olvidado todos el Catecismo, que nadie recuerda, ni reconoce y confiesa, para llevarlo á la práctica, que el hombre no ha sido creado para eso, pues entonces no habría diferencia esencial entre un hombre y un cerdo. Este devora la pitanza que le adoba su dueña, ó las bellotas que le llueven de la encina, gruñendo y sin siquiera levantar los ojos para mirar al que le sustenta. Y el

hombre moderno está ya convertido en un cerdo de las piasas de Epicuro, que no piensa más



Orador anarquista: «Señores, todos los bienes son comunes.»—Un polizonte. «Ojo al bolsillo, que los relojes vuelan.»

que en gozar, gozar y gozar, para lo que busca y necesita una sola cosa; dinero, dinero y dinero.

—Conformes; por eso los pobres queremos que se cuente con nosotros; y ya que hemos venido á gozar y divertirnos, que gocemos y nos divirtamos todos.

—Tendría V. razón sobrada si para eso hubiésemos sido creados; pero como no es así, como el hombre ha sido creado para conocer, amar y servir á Dios en esta vida, y mediante todo esto salvarse y gozar de la bienaventuranza eterna, la consecuencia de V. no es lógica.

—Pues si así fuese, amigo D. Vicente, que nos entreguen los ricos sus bienes á los pobres, y nosotros les regalamos esa bienaventuranza eterna, toda entera para ellos.

—Blasfema V. de lo que ignora, Crispín, y renuncia V. á la primogenitura de la gloria por un miserable plato de lentejas.

—Yo no renuncio, D. Vicente; pero como los duelos con pan son menos, quisiera tener dos glorias: una en este mundo dándome vida de príncipe, ó por lo menos de canónigo, y otra en el otro, entrando con botas y espuelas en la gloria.

—Pues no sabe V. lo que se pesca, porque únicamente de los pobres de espíritu es el reino de los cielos.

—Es que pobre de espíritu lo sería yo también de buena gana, con tal de no serlo de bolsillo.

—Porque tampoco sabe en qué consiste la pobreza espiritual: pobre de espíritu es el que no tiene apego á las riquezas aunque sea riquísimo, y, por lo tanto, las posee y administra como Dios manda, gastando cuanto necesite para satisfacer modestamente las necesidades propias de su familia, con arreglo á su clase y condición social, y repartiendo lo sobrante, es decir, lo supérfluo, entre los necesitados y menesterosos.

—Pero como no lo hacen así...

—Peor para ellos: no entrarán en el reino de los cielos.

—Nada, nada, D. Vicente; lo mejor sería obligarles á que fuesen pobres de espíritu y de cuerpo, repartiendo lo que tienen los burgueses entre los proletarios.

—¿Se imagina V. acaso, Crispín, que todos los proletarios son verdaderos pobres de espíritu?

—Como que á la fuerza ahorcan.

—Pues no señor : la mayor parte de ellos, sobre todo los que sueñan día y noche con el reparto social, son ricos, riquísimos de espíritu y en toda clase de concupiscencias, tanto que me inspiran doble compasión.

—¿ Por qué doble, si puede saberse , don Vicente?

—Porque en este mundo pesan sobre ellos todas las desventajas y trabajos de la pobreza, y, en cambio, tampoco disfrutarán en el otro de los premios reservados exclusivamente para los pobres de espíritu.

—Pues están divertidos : palo aquí y garrotazo allá ; y es que á perro flaco todo son pulgas.

—No, señor ; es que no de sólo pan vive el hombre, sino de la palabra de Dios, que vivifica y salva.

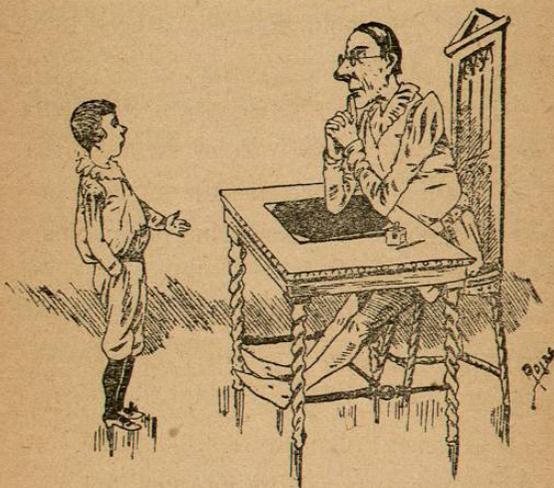
—Pues mire V., D. Vicente, donde no hay harina todo es mohina.

—Convenido: por eso nuestro remedio abraza dos partes: PAN Y CATECISMO.

—Con lo primero se me figura que basta.

—Yo opino lo contrario, y tengo más fe en la doctrina cristiana que en las panaderías,

porque éstas proporcionan un remedio, necesario para la vida indudablemente, pero al fin y al cabo pasajero, pues dos ó tres veces al día hay que comer forzosamente para reparar las fuerzas perdidas y vivir ; pero el Catecismo es



¿ Cuántos Dioses hay ?

pan de vida eterna, contiene alimentos que no necesitan aderezo, ni calentarse, que sientan bien á todos los estómagos y que matan todas las hambres de la vida.

—Pues si Vds. no fueran á casa de los pobres llevando los bonos de pan, arroz y carne

por delante, no entrarían, ni nadie les haría el menor caso; lo sé por propia experiencia. La necesidad, el hambre, que tiene cara de hereje, me obligó á permitir á Vds. la entrada en esta su casa.

—Ya lo sabemos, que las Conferencias no se han instituído para ángeles, sino para hombres de carne y hueso, con todas las miserias que la humanidad lleva consigo; pero entienda V., ahora que ya nos hace justicia hasta el punto de poner á nuestra disposición su casa, que la limosna de menos precio es la corporal; perseguimos preferentemente la limosna espiritual, porque la pobrecita alma de los pobres es más digna de compasión que su triste cuerpo, caduco, perecedero, y destinado al fin á convertirse en polvo.

—Ya me figuraba yo que había gato encerrado en todo esto, porque si no, ¿ á qué santo tomarse la molestia de subir todas las semanas, y á veces más á menudo, junto al tejado, y pasar horas y más horas entre los pobres? Y me alegro de que sean Vds. francos, porque á mí me gustan las cosas claras y el chocolate espeso. No me lo nieguen Vds.: Vds. persiguen algún fin político.

—Sí, Crispín, sí; nosotros perseguimos el gran fin político de nuestra propia salvación y de la ajena. ¿ Le parece á V. pequeña política la de asegurar para V. y para nosotros una felicidad completa y sin término en la otra vida, ya que la vida presente se desliza sin remisión para todos en un valle de lágrimas?

—¿ Y Vds. qué pito tocan en todo esto? Porque aquí los favorecidos somos nosotros; pero ustedes, ¿ á qué santo?

—Otro error gravísimo, Crispín el bueno; nosotros vamos á casa de los pobres á practicar las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales, porque los deberes de caridad pesan sobre nuestra conciencia lo mismo ó más, si bien se mira, que los deberes de justicia. Obligación tenemos todos de no matar, de no robar, de no calumniar, de no desear la mujer de nuestro prójimo, etc.; pero la misma, y hasta si se quiere mayor obligación, tenemos de dar de comer al hambriento, de enseñar al que no sabe, etc. Y digo *mayor*, porque en el terrible día del juicio final, el supremo Juez de vivos y muertos no dirá á los condenados: «Id, malditos, al fuego eterno, porque matasteis, porque robasteis», etc.; sino «porque tuve

hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estaba desnudo, y no me vestisteis; encarcelado, y no visitasteis», etc. Y todo esto quiere el Señor que se lo hagamos á Él en las personas de los pequeños, de los pobres y de los desgraciados. Con que, dígame V. con franqueza, Crispín, ¿quién gana más con estas visitas, ustedes ó nosotros?

—Hombre, pone V. las cosas de manera que, si á V. le dejan hablar, de seguro que no le ahorcan; pero eso, de su peso se cae; si no fuera por Vds., nosotros estaríamos ya muertos de miseria y hambre, ó, por lo menos, pudriéndonos en algún hospital; con que ate usted cabos.

—Y nosotros, ¿en dónde estaríamos si los pobres no se dignasen mirarnos á la cara, ni nos abriesen las puertas de sus casas, y sobre todo si nunca nos acordásemos para nada de que hay pobres en el mundo? Pues condenados para siempre, en este y en el otro mundo, por nuestra dureza de corazón. Con que desengáñese V., Crispín; ni el hombre vive de sólo pan, ni la mejor de las limosnas es la corporal, ni los favorecidos grandemente son los socorridos, sino los que socorren.

Don Vicente y Juanito no quisieron cansar más á la familia zapateril; despidiéronse hasta la siguiente semana, pidiendo á los zapateros por caridad y por honor que los dejasen volver, y aquellos desgraciados quedaron edificados y enternecidos, hasta el punto de dejar correr alguna lágrima por sus mejillas.

II

Caridad sí, pero filantropía no.

ERA día de visita, y por quinta vez subieron don Vicente y Juanito al sotabanco de Crispín, dispuestos á discutir con él, para arrancarle poco á poco las malas hierbas del socialismo anárquico, que habían arraigado en su corazón más que en su cabeza. El zapatero estaba indignadísimo con un periódico en la mano, y leyendo en alta voz.

—A tiempo llegan Vds., señores; tomen asiento, y oigan esto, que pone los pelos de punta: «Doce mil obreros sin trabajo acudieron ayer á la repartición del pan en Viena. *Muchos cayeron al suelo desfallecidos de hambre.*»

Digan ustedes ahora que esto no clama al cielo.

—Vamos, Crispín, no convirtamos en gigantes los molinos de viento para tener luego el gusto de vencerlos, como D. Quijote, en singular combate. Posible es que todo eso sea exacto; posible que haya exageración grande en la noticia: y hasta posible que sea pura invención de los compañeros de V....

—Pues las estadísticas inglesas, alemanas y rusas registran todos los años muchas de estas muertes....

—¿Y las españolas?

—Yo no he oído decir nunca que los españoles dejemos morir á la gente de hambre.

—Pues saque V. la consecuencia. España es un país eminentemente católico, aunque se trabaja todo cuanto se sabe y se puede para descatolizarnos, y Alemania é Inglaterra son países protestantes, y Rusia país cismático, es decir, países en donde el Cristianismo está tan desnaturalizado, es tan acomodaticio, que ha perdido su virtualidad poderosa. La caridad, la verdadera caridad cristiana, que es toda amor, primero á Dios sobre todas las cosas, y después al prójimo por Dios, no tolera seme-

jantes iniquidades hasta contra naturaleza. Eso se queda para la *filantropía*, puro amor del hombre al hombre y por el hombre mismo, que es la moneda falsa de la caridad y que se funda sólo en los instintos animales, comunes á los individuos de la misma especie.

—Calle V., hombre, si el demonio tiene cara de conejo. ¡Pues no estaba yo persuadido de que eso de la caridad rebaja al hombre, es cosa de curas y frailes, y no sirve más que de trampantojo para engañar á los necios!

—Entonces, ¿qué se figuraba V. que era la *filantropía*?

—¡Toma! Para mí el *filántropo* era un semi-diós.... un hombre que vive sacrificándose por sus hermanos constantemente, y derramando caudales á manos llenas entre los pobres.... ¡Qué sé yo lo que se me antojaba á mí! Como estamos leyendo siempre en los papeles que el *filántropo* D. Fulano de Tal ha hecho esto, que el *filántropo* don Mengano de Cual ha hecho aquello, y *filántropo* por arriba, y *filántropo* por abajo, y que toma y daca con los *filántropos*...., la verdad, me figuraba yo que el ser *filántropo* era lo mismo que haber logrado ya en vida una estatua.

—Pues ha dado V. en el clavo, amigo Crispín. El filántropo trompetea todas cuantas obras benéficas ejecuta, porque, como las hace por el hombre y para el hombre, del hombre espera la recompensa; al paso que el hombre cristianamente caritativo procura que no sepa la mano izquierda los bienes que reparte la derecha. El filántropo humilla á los que socorre, alardeando de riquezas y de sentimientos generosos; la persona caritativa da primero el corazón, practica ambas clases de obras de misericordia, las espirituales y las corporales, pero subordina éstas á aquéllas por la convincente razón de que la salvación de las almas es necesidad más apremiante que la conservación de los cuerpos, y lejos de humillar á sus favorecidos, se humilla hasta ellos, desempeñando con ellos los más repugnantes oficios, como hacía San Francisco de Asís, curando y hasta lamiendo las llagas á los leprosos.

—¡Parece mentira!

—Pues es pura verdad; lo mismo, exactamente lo mismo que lo cuento.

—En cambio (observó Manuela), el jefe de la Federación de mi marido no le quiso dar la

mano una vez para no ensuciársela de ce-ro-te.

—No tanto, mujer, no tanto.

—Tú me lo contaste.

—Pues no hay que darle vueltas, Crispín; la caridad cristiana, enseñada y practicada desde sus albores por la Iglesia, es el único bálsamo que puede curar esta horrenda llaga social; que, como mancha de aceite que todo lo ensucia, se extiende más y más de día en día por todas las naciones.

—Eso de que la Iglesia haya de intervenir en las cuestiones del trabajo, no me llena, no me acaba de gustar, porque ¿qué entienden los curas de talleres y fábricas?

—Por lo visto no ha leído V. la Encíclica, amigo Crispín.

—Sí, pero no la he entendido del todo.

—Pues dice en ella el Papa que la religión y la virtud, que al parecer sirven sólo para la vida futura, hacen también feliz y hasta rico al hombre en la vida presente.

—Si eso fuera, ahora mismo me hacía religioso.

—Pues no le quepa duda, Crispín; y si no, lee, Juanito.

«Pero, fuera de esto, provee la Iglesia lo que va á convenir al bienestar de los proletarios, instituyendo y fomentando cuantas cosas entiende que pueden contribuir á aliviar su pobreza. Y sobresalió tanto en este género de beneficios, que la colman de elogios hasta sus mismos enemigos.

» Tanta era entre los cristianos de la antigüedad más remota la fuerza de la caridad, que muchas veces se despojaban de sus bienes los ricos para socorrer á los pobres, y así *no había ningún necesitado entre ellos*¹. A los Diáconos, Orden instituída precisamente para esto, dieron los Apóstoles el cargo de ejercitar cada día los oficios de la caridad. Los dineros que los cristianos, cuantas veces se reunían, voluntariamente daban, los llamaba Tertuliano *depósitos de la piedad*, porque se empleaban *en alimentar en vida y enterrar en muerte á los necesitados, á los niños y niñas pobres y huérfanos, á los ancianos que tenían en sus casas y también á los naufragos*². De aquí poco á poco se fué formando aquel patrimonio

1 Actor., IV, 34.

2 Apol., II, XXXIX.

que, con religioso esmero, guardó la Iglesia como propiedad de familia de los pobres.»

III

Las sanguijuelas de la caridad.

CON eso sí que no estoy conforme, amigo don Vicente; los frailes, monjas, beatos y beatas de toda clase, son unos holgazanes, las sanguijuelas que viven de la sangre que chupan al pobre.

—Blasfema V. de lo que ignora, amigo Crispín. Todos los institutos religiosos, antiguos y modernos, han sido, son y serán siempre el brazo de que la Iglesia se sirve para el ejercicio de la caridad, es decir, para poner en práctica toda clase de obras de misericordia, espirituales y corporales.

—Ellos sí que viven y engordan á expensas de la caridad.

—No diga V. tonterías. ¿Le parece á usted grande obra, no solamente de misericordia, sino de civilización, *enseñar al que no sabe*, difundir las ciencias y las letras?

—Ya lo creo; si no hubiese tanta ignorancia, no jugarían los curas y Gobiernos con nosotros como juegan.

—Pues bien: solo para el logro de tan grande obra, ha fundado la Iglesia, y funcionan en la Cristiandad, los *Escolapios*, de San José de Calasanz; los *Jesuitas*, de San Ignacio de Loyola; los *Dominicos*, predicadores de Santo Domingo de Guzmán; los *Clérigos* y Hermanos de la vida común, de Gerardo Groot; los *Barnabitas*, que se dedican preferentemente á la instrucción de seminaristas; los *Somascos*, de San Jerónimo Emiliano, para los eclesiásticos jóvenes y niños; la *Congregación de Nuestra Señora*, de Pedro Fourrier, para jóvenes de ambos sexos; la *Orden de la Doctrina Cristiana*, de San Hipólito Galanti; la *Congregación del Oratorio*, de Berulle; la *de San Carlos*, para los niños pobres; los *Hermanos de la Providencia*, los *de la Caridad* y los *de las Escuelas cristianas*, de La Salle, para niños; los *Salesianos*, de don Juan Bosco, para jóvenes desamparados, á los cuales recogen é instruyen, enseñándoles además algún arte ú oficio; para niñas, las *Escolapias*, las *de Jesús y María*, las *Salesas*, las *de Nuestra Señora de*

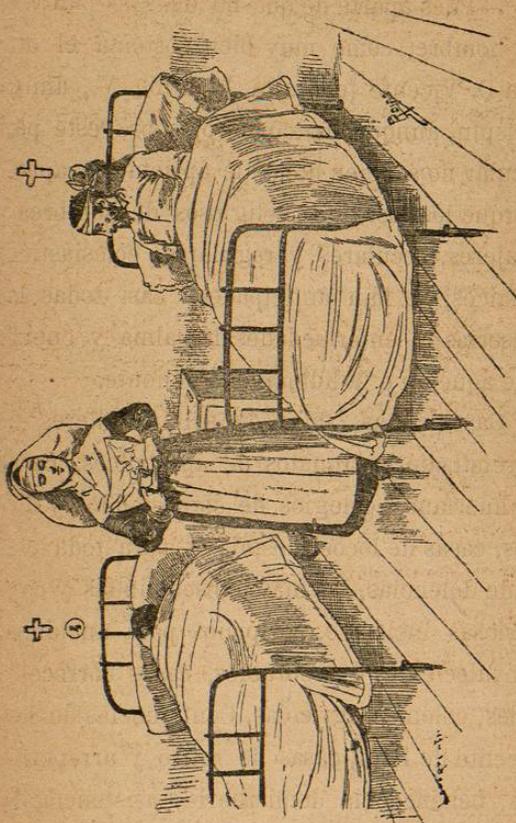
Loreto, las *Hermanas de la Doctrina Cristiana*, de Vabelot; las *Hermanas de la Caridad*, de Rosmini; las *Carmelitas de la enseñanza*, etc., etc., porque sería cuento de nunca acabar hacer mención de todos los Institutos religiosos de hombres y mujeres consagrados á la enseñanza y á la difusión de la ciencia.

—¡Caramba! ¡Qué memoria tiene V., don Vicente!

—Pues, según Keller, en un libro que publicó aquel año, las Congregaciones religiosas instruían en 1880, sólo en Francia, á 2.209.919 niños, y prestaban sus auxilios á 200.700 personas, distribuidas de la siguiente manera: en los hospicios y hospitales, 114.259; en las casas de huérfanos ó de obreros, 60.265; en las llamadas casas de refugio, de preservación y de corrección, 11.815, y en los asilos de dementes y sordo-mudos, 14.361. De manera que son incalculables los beneficios que debía Francia á estos religiosos, consagrados á la educación y socorro de *dos millones y medio* de sus habitantes más necesitados.

—Todo eso es muy bueno; pero ustedes

saben mejor que yo, que dame pan y dime tonto, y yo no sé que los curas, frailes y bea-



La caridad cristiana.

tos hayan hecho nunca nada, ni menos hagan ahora, por nuestros cuerpos miserables. Ellos

si que están reventando de salud y de gordos, mientras nosotros perecemos de miseria y de hambre.

—Pues aparte de que no de sólo pan vive el hombre, como muy bien sostenía el otro día D. Vicente (contestó Juanito), V., amigo Crispín, aunque es zapatero, sobre este particular no sabe en donde le aprieta el zapato, porque los Institutos religiosos de hombres y mujeres, seculares y regulares, eclesiásticos y laicos, se han anticipado á casi todas las miserias y enfermedades del alma y cuerpo que aquejan á la humanidad doliente.

Casas-cunas, salas de asilo, talleres de aprendizaje, patronatos de aprendices, casas de huérfanos, colegios de sordo-mudos y ciegos, casas de locos, hospitales para toda clase de dolencias, las más nauseabundas y contagiosas inclusive, hospicios para ancianos, convalecientes é incurables, casas correccionales, colonias agrícolas, Conferencias de San Vicente de Paúl, casas de retiro y arrepentidas, beneficencia domiciliaria, asistencia de enfermos en sus propias habitaciones, Hermanos de la Paz y Caridad para asistir hasta el último terrible trance á los ajusticiados, re-

dención de cautivos, salvamento de náufragos, compra de niños condenados á segura muerte, montes de piedad, velas y enterramiento de difuntos.... ¡qué sé yo!..... Desde que el hombre abre los ojos á la luz del día, hasta que los cierra para siempre, la caridad cristiana, ejercida sin cesar por los Institutos religiosos, le sigue y hasta le persigue, con maternal solicitud y sin abandonarle un punto, para endulzar las amarguras naturales de su peregrinación por este valle de lágrimas.

—Muy bien dicho, Juanito, muy bien dicho; y si no, ¿en nombre de quién estamos nosotros aquí, más que en nombre de la santa caridad cristiana, amigo Crispín?

Manuela lloraba en silencio, y Crispín, encendido el rostro de vergüenza, no se atrevía á levantar los ojos del suelo. Comprendiendo la pareja que sería imprudente insistir más aquel día, repartió los bonos, dejó además un bonito y barato devocionario en manos de Manuela, y se despidió hasta la semana siguiente.

La tabla de salvación.

LA otra tarde me llegaron Vds. á conmovier, amigos míos, y estuve á pique de pedir á ustedes que me trajeran un cura para confesarme de toda mi mala vida pasada; pero luego pensé..... pensé..... fui atando cabos..... y me dije: — Bueno; la propiedad privada será tan natural como justa, la desigualdad de fortunas irremediable, tanto que no faltarán nunca pobres y ricos, como tampoco harán falta jamás sanos y enfermos; pase eso de que la caridad cristiana es el gran remedio de nuestros males; pero ¿por qué se nos ha de estar siempre sermoneando á los pobres que tengamos resignación y paciencia, que no atentemos contra los bienes ajenos, que renunciemos á la revolución social, y más aún á los motines anarquistas, y se ha de dejar en paz á los Gobiernos y á los ricos para que exploten á los obreros y campen por sus respetos?

—Eso no es verdad, amigo Crispín; antes al contrario, en la Encíclica que dejé á V. el